

SECCIÓN DE HISTORIA
Y GEOGRAFÍA

ARQUEOLOGÍA ARGENTINA

III

SEGUNDA EXPEDICIÓN Á LA REGIÓN CALCHAQUÍ

KIPÓN

Siguiendo el plan que nos hemos propuesto, es decir, presentar en forma sintética los resultados de las exploraciones arqueológicas en las distintas comarcas estudiadas por las expediciones de esta Facultad, tócanos hoy hacer algunas consideraciones sobre Kipón, la primera población prehistórica dentro del propiamente Valle Calchaquí, reconocida por la segunda expedición.

El 3 de Enero de 1906 salimos de Buenos Aires, en expedición, bajo las órdenes del PROF. AMBROSETTI. Pasando por Córdoba y Tucumán llegamos á Salta donde terminamos los preparativos necesarios para efectuar la travesía de la cordillera de Cachipampa y alcanzar los nevados de Cachi, á cuyos pies se extiende el Valle Calchaquí, suavemente inclinado de Norte á Sur.

De Salta partimos con rumbo á Zuviría y de aquí á Chicoana, primera población de interés histórico en los días de la conquista española. DON DIEGO DE ALMAGRO después de su entrada á Xibixuy (Jujuy) encontró á su frente el desierto, despoblado y yermo, y más allá la provincia de Chicoana «que solía tener mucha población porque la tierra

es fértil para ello; pero despoblóse á causa de la gente alárabe que tienen vecina, de quien reciben gran daño». ⁽¹⁾

Sin embargo la Chicoana de ALMAGRO no es la actual, la que conocemos en el valle de Lerma. La vieja Chicoana estuvo en el Valle Calchaquí á juzgar por las características que le asignan los cronistas: «es de 70 leguas ó más de señorío y hasta llegar á ella es todo despoblado, de valles muy hermosos, en que se encuentran edificios antiguos de poblaciones en ruinas y deshechas por los juries de las sierras y cordilleras que los asaltaron y los asolaron á todos». ⁽²⁾

Esta descripción breve es suficiente para que veamos al través de ella el Valle Calchaquí y no el de Lerma, valles distintos en naturaleza, en configuración y en importancia arqueológica. También demuestra una vez más lo que ya hemos dicho acerca de algunas poblaciones que habían completado su ruina mucho tiempo antes de la entrada de los españoles.

Á partir de Chicoana empieza verdaderamente el camino del Valle Calchaquí. La Quebrada de Escoipe que es necesario recorrer en toda su extensión, reserva al viajero más de una maravilla, más de una emoción intensísima.

Al principio, seculares bosques de laureles y tipas de cuyas nudosas ramas penden trenzadas lianas, dificultan la marcha y obscurecen el día. El torrentoso río de Escoipe brama á los pies del bosque. Luego empiezan los árboles á ralearse y á angostarse el cauce del río; los cerros fracturados se despojan de vegetación y muestran sus pliegues desnudos, sus abismos, sus faldas, sus crestas; desciende la temperatura y el viajero, al llegar el crepúsculo, siente el contacto de las nubes, siente sus caricias traducidas en espesa bruma y finísima garúa.

San Fernando, la última población vista en el día, deja

⁽¹⁾ F. DE OVIEDO: Historia general y natural de Indias, T. IV, Lib. XLVII, Cap. II, Pág. 263.

⁽²⁾ Op. cit. Pág. 264.

en el ánimo la impresión triste del último álamo contemplado, del último rayo de sol sentido.

A duras penas se pernocta al pie de la Cuesta del Obispo y al clarear el alba se da comienzo á la brusca ascensión que termina en la meseta de Cachipampa.

Esta altiplanicie, á 4400 metros sobre el nivel del mar, es de un aspecto desconsolador. Extendida, solitaria, helada, sin una mata, sin indicio de una población, es el terror de los *arrieros* que trajinan la comarca, quienes no se atreven á cruzarla de tarde por las tormentas horribles que desatan lluvias de rayos.

Más allá se penetra en la quebrada del Cajoncillo, de aspecto fantástico, donde cada cerro disgregado parece un monumento funerario. Se marcha sobre un suelo de pizarras que se parten y crujen bajo las herraduras de las mulas. Salvada esta quebrada se penetra en los inclinados campos de Tin-Tin, monótonos, áridos, azotados por los vientos huracanados que al barrer la desolada extensión levantan nubes de polvo velando los nevados lomos de la lejana cordillera. Tin-Tin, semeja el lecho de un viejo lago absorbido; parece una cuenca lacustre de la luna. Aquí se encuentran en profusión las plantas comunes en las zonas calchaquíes: *cardones* gigantescos, de múltiples brazos, torcidos *churquis* que penosamente se arrastran sobre la brillante arena, raquíticos algarrobos y, á veces, junto á alguna vertiente que suelta un hilo de agua, algunos *amancays* en flor, *amancays* que son la poesía de las escondidas quebradas y origen de muchas leyendas saturadas de natural romanticismo.

Pasado Tin-Tin se entra en la quebrada del mismo nombre, largo sendero por donde desaguan los torrentes pluviales; á ambos lados del camino se levantan las serranías, rojas, blancas, amarillas, inaccesibles, recortadas. El agua y los vientos han esculpido sobre ellas extrañas columnas, rectos perfiles, caprichosas grutas y descifrables arabescos.

Por este camino se llega á la margen derecha del Río

Calchaquí, frente, á la prehistórica ciudad de «La Paya» y, remontando el río, después de dejar á espaldas el temido angosto de Rancagua y la pintoresca población de Cachi, se llega, sobre la misma banda del río, á Kipón.

Era el 14 de Enero cuando acampó la expedición sobre las mismas ruinas. ⁽¹⁾

Ocupan estas ruinas una superficie aproximada de doce hectáreas. Las murrallas derrumbadas están muy esparcidas y raras veces es posible distinguir los rastros de dos ó más viviendas unidas.

Kipón, á juzgar por su aspecto, no constituyó un verdadero núcleo de población. Sin embargo, en sus alrededores se suele encontrar algún cimiento que delata una antigua casa.

Las ruinas de Kipón en sí ofrecen escaso interés: una plataforma tendida, abierta á los vientos, pedregosa, desmantelada fué el lugar elegido por los viejos pobladores para su establecimiento. Allí, en los terrenos bajos que dan al río, tuvieron sus campos de cultivo, para cuyo riego se valieron de acequias. Aun se conserva un verdadero canal que hacia la parte Sur de las ruinas corta el terreno en dos partes y por allí, los actuales pobladores, conducen el agua á los vecinos alfalfares.

El estudio de estos detalles revela las características de los pueblos muertos cuya historia es necesario reconstruir ante el dato arqueológico, único documento que nos han legado. Así es como se ha llegado á restaurar las épocas del viejo Egipto, á conocer aquel país en sus menores detalles y no sólo ha sido posible reconstruir su vida material sino que, bajo las disciplinas de la investigación, conocemos el alma del pueblo que se, desarrolló robustamente en las riberas del Nilo. ⁽²⁾

En lo que se refiere á los pueblos andinos se puede establecer una generalización, afirmando como carácter esencial de ellos, su especial contracción á los trabajos agríco-

(1) Véase el plano insertado al final del artículo.

(2) S. TONNINI: La Psicología della Civiltá Egizia.

los. Desde México hasta la Patagonia son harto evidentes los rastros reveladores de esta modalidad étnica, explicable cuando se considera que allá se extendieron las grandes civilizaciones americanas, que allá se instalaron definitivamente y se amalgamaron las razas después de luchas seculares que terminaron con el triunfo precisamente de las razas menos guerreras pero más aptas para consolidar su estabilidad á base de trabajo y paz.

Así los quichuas constituyen en América la parcialidad étnica que alcanzó mayor cultura y se caracterizó por su espíritu emprendedor, de conquista pacífica y de incorporación de los elementos conquistados á una vida eminentemente agrícola que fué plataforma de sus instituciones políticas.

La distribución de las tierras en el Perú, las rentas públicas, el comercio interior, la protección que el gobierno de los Incas dispensaba á la agricultura, las ceremonias religioso-agrícolas que se celebraban anualmente en los campos vecinos al Cuzco, los canales y acueductos subterráneos como los de Cajamarca y los de las provincias de Nasca y Antisuyu, los andenes artificiales que prepararon sobre las faldas de los Andes, los caminos que terminaban en los cuatro rumbos del imperio, el conocimiento de los abonos, la distribución equitativa de las aguas, la instalación de colonias de *mitimaes* que tenían por fin enseñar los cultivos en aquellas provincias ó distritos estériles, ensayando los más convenientes á la naturaleza del suelo, las ferias que se celebraban tres veces por año, la distribución de las plantaciones de acuerdo con los climas y el conocimiento de algunas constelaciones y de Venus, cuyos movimientos seguían, son antecedentes de tanta importancia que llevaron al pueblo quichua á un grado tal de adelanto que más de una vez dejó maravillados á los conquistadores. La afluencia étnica y el medio encaminaron á aquella raza montañesa en el sentido que dejamos apuntado y prepararon la sabia legislación incásica que conocemos.

En las zonas calchaquíes, sucedieron las cosas de igual

modo y si aquellos pueblos no alcanzaron el grado de cultura á que llegaron los quichuas es debido á circunstancias locales, de carácter particular. En efecto: en las vecindades calchaquíes merodeaban aquellas tribus nomádicas que se corrían de un extremo á otro de las pampas, talándolas y las razas chaqueñas cuyas incursiones hasta el corazón de los valles calchaquíes han sido comprobadas por la arqueología.

Estas irrupciones debieron crear en el ánimo del pueblo calchaquí un poderoso sentimiento guerrero de defensa, que debía aparejarse con los sentimientos nacidos en la lucha contra una naturaleza inclemente que se obstinaba en hacer más dura la vida en las montañas.

Claro resulta entonces el desdoblamiento calchaquí, los dos órdenes de actividades impuestos por la guerra y la agricultura. Ambos venían á ser principios vitales, necesarios y, en detrimento del desarrollo de la cultura, retardarían la marcha ascendente, de los calchaquíes adelantándose á ellos los quichuas por mejor establecidos.

Vemos, pues, en qué desventaja se hallaban los calchaquíes respecto á los quichuas. Sin embargo la cultura calchaquí denota un principio de sistematización de la vida social de entonces que al través de los tiempos se alcanza á descubrir en las avalanchas étnicas que arrastró la conquista.

Hoy todavía no han perdido el encanto primitivo los solitarios valles del N. O. argentino. La influencia quichua post-colombiana habrá traído desde el Perú Antiguo su bagaje social, sus ceremonias, sus costumbres, sus creencias mezcladas con las de los conquistadores; el Valle Calchaquí se habrá inundado con las huestes quichuas, dotadas de una pasividad explicable; nuevas razas habrán ocupado los lugares que el habitante primitivo abandonó en días de zozobra, amenazado por contingencias desfavorables: todo se habrá renovado en el transcurso de los siglos bajo el peso de mil influencias, de mil corrientes encontradas pero en el fondo de todas las transformaciones se alcanza

siempre á descubrir una idea directriz, un elemento que independientemente actúa, se desenvuelve, influye y muere, al parecer, sofocado por otro más fuerte, más hábil ó más adaptable.

Hoy el Valle Calchaquí, puede decirse, es de fisonomía quichua, no así su pasado, visible en los restos que han quedado de su extinguida cultura, de la cual Kipón compartió. Las poblaciones étnicamente hablando son quichuas, poblaciones que viven allí, al pie de las ruinas de una civilización desaparecida, civilización del desierto como la llamó TENKATE ⁽¹⁾, ó como con anterioridad la habrá llamada CUSHING: *Desert Culture*.

Kipón, hablando en términos generales, ocupa con La Poma, las cabeceras del Valle Calchaquí, en el punto preciso donde las cordilleras que bordean el valle se unen formando el macizo de Acay. Aquí se cierra el valle.

Por las razones que hemos apuntado, por las condiciones en que se hallan las ruinas, por ausencia de las condiciones que caracterizan las verdaderas ciudades prehistóricas de la región, pensamos que Kipón fué uno de aquellos núcleos agrícolas que se diseminaron por los valles sin haber logrado jamás la importancia de ciudad, como era «La Paya», por ejemplo, situada á 15 kilómetros más ó menos de Kipón, rumbo Sur. Sería en aquella época lo que son en la actualidad esas reducidísimas poblaciones compuestas por gente que se dedica por entero á los trabajos de campo. En este sentido no habrían tenido lugar grandes cambios pues tales cosas suceden aún en nuestros días. En las inmediaciones de los pueblos que han alcanzado cierto desarrollo en los valles, como Cachi, San Carlos, Molinos, Cafayate, etc., se levantan estos villorrios insignificantes de agricultores, insignificantes no por el trabajo que ejecutan sino por número de sus habitantes. Kipón, á nuestro modo de ver, estuvo en semejantes condiciones y si no fuera su-

⁽¹⁾ *Rapport sommaire sur une excursion archeologique dans les provinces de Catamarca, de Tucumán et de Salta. Rev. del Mus. de la Plata. T. V. Pág. 346.*

ficiente la prueba arqueológica bastaría una prueba geográfica denotada por la extensión de los terrenos de cultivo de sus inmediaciones que no está en relación con la escasa población que poseyó.

Las excavaciones se practicaron siguiendo el método que hemos esbozado en la primera parte de estos apuntes y aunque tuvimos que tropezar con serios inconvenientes, dimos término á nuestros trabajos con resultados satisfactorios, atendiendo á su calidad más que á su cantidad. Muchas tumbas se abrieron pero sólo trece merecen consideración, por cuanto proporcionaron objetos de algún valor arqueológico. El mal estado de los hallazgos se debe á la espesa capa aluvional que ha cubierto el recinto de las ruinas y, ejerciendo enorme presión, ha destruido casi totalmente el contenido de los sepulcros. Por otra parte las continuas lluvias del verano han encontrado un suelo propicio para facilitar las filtraciones de la humedad que unidas al salitre han concluido por destruir lo poco que hubiera podido salvarse del desastre ocasionado por los rodados aluvionales. Por estas causas el material de Kipón cuando no se halló destruido se halló deteriorado al grado de hacer imposible en muchos casos su identificación.

La cerámica exhumada de Kipón ofrece escaso interés: es calchaquí y por lo tanto con todas las características de arte de aquel pueblo ya estudiado en sus múltiples manifestaciones. Los símbolos se repiten, el antropomorfismo campea y las representaciones zoomórficas se acentúan sobretodo en un vaso libatorio de barro cocido donde la serpiente ha sido representada con orejas. Cuando estudiamos esta pieza interesantísima emitimos una hipótesis que creemos hallarla confirmada en la mitología universal, hipótesis que enunciamos de esta manera: el dotar de determinados órganos á animales que no los poseen es debido á una asociación que nada tiene de casual en el arte prehistórico. En la vida de los pueblos primitivos, es natural la tendencia á reunir en un objeto determinado todas las cualidades ó atributos que la fantasía ó las embrionarias ideas religio-

sas puedan proporcionar. Así se explicaría que esta serpiente, cuya importancia en las ideas religiosas del pueblo calchaquí son manifiestas, tuviera que escuchar los ruegos y solicitudes de los que impulsados por la necesidad y las contingencias de un clima ingrato y desigual, acudían á ella como intermediaria y mensajera de los fenómenos meteorológicos. La serpiente debía oír los ruegos de los indios y como la idea de oír trae inmediatamente la representación del órgano encargado de aquella función, se explica la presencia de agregados orgánicos en animales que, como la serpiente, carecen de ellos. ⁽¹⁾

Otros productos de la cerámica de Kipón que revisten importancia por su novedad y significación son los vasos libatorios con ornamento antropomórfico en relieve. Hay muy poco esmero en los detalles, pero se alcanza á descubrir sin esfuerzo, que la idea que quiso representar el artista indígena fué la de la maternidad. Tendríamos representada en esta pieza una faz del culto calchaquí, culto de puro naturalismo constituido por la reunión de los sentimientos primordiales de la vida encaminados hacia la defensa y protección de la vida misma. El pueblo calchaquí, como hemos dicho, no habiendo consumado su establecimiento definitivo, necesitaba hombres y más hombres aptos para consolidarse en medio de las montañas donde vivían, y allí encontraríamos una explicación de estas naturales representaciones en la cerámica, sugeridas por la idea y el hecho de la maternidad. ⁽²⁾

En conclusión, la cerámica de Kipón no presenta características tan pronunciadas que nos permitan considerarla aisladamente; debemos referirla por entero á la cultura calchaquí y refundirla con la que se exhibió en «La Paya» de la cual fué inmediata dependencia.

(1) Véase nuestra «Excursión Arqueológica á las Ruinas de Kipón», Pág. 21.

(2) Actualmente en el Chaco se considera la maternidad como un hecho de tal trascendencia que da origen á una serie de curiosas ceremonias tendientes á hacer del recién nacido un *buen indio* que deberá afrontar las contingencias de la vida selvática. Conocidas son también las prácticas calchaquíes con análogos fines, á pesar de todo lo que tienen de trágico y ridículo.

En lo que se refiere á objetos de madera, de distinta aplicación, exhumados en Kipón, diremos que son los más numerosos, los que nos permite hacer inducciones acerca de las modalidades de vida llevadas por los aborígenes de la región. Estos objetos consisten en torteros ó *fusaiolos*, instrumento destinado á transformar el vellón en hilo, palas y otros útiles de agricultura que, dada la profusión en que fueron hallados, nos induce á pensar lo que ya hemos dicho: Kipón fué una colonia de agricultores.

Casi no se encontró una tumba sin alguno de estos objetos y como conocida es la costumbre de que los calchaquíes enterraban sus muertos acompañados de los útiles propios de la ocupación que tuvieron, nos habilita este antecedente para sentar la conclusión expuesta. Y aquí tendríamos claramente diseñado un carácter calchaquí, un modo de ser propio de aquel pueblo cuya vida se restaura y se induce contemplando sus restos fosilizados en medio del derrumbe de los siglos y comparando entre sí los distintos factores que concurren á la formación de las culturas de los distintos medios en que se han desenvuelto al través de los tiempos y continentes.

Por fin una tercera clase de hallazgos realizada en el recinto de las ruinas de Kipón fué una serie de petroglifos, grabados sobre rodados de pórfido y descubiertos bajo los escombros de una antigua vivienda.

Conocida es la costumbre generalizada en los valles calchaquíes de grabar sobre las piedras determinados símbolos y no solo es costumbre calchaquí sino que la vemos extendida universalmente.

En nuestros sucesivos viajes hemos encontrado petroglifos en todas las comarcas andinas y algunos de ellos de verdadero valor como los de las grutas pintadas de Carahuasi descubiertos por el PROF. AMBROSETTI. En los despeñaderos de Mallín, en las sierras de Córdoba, sobre enormes pedregones que interceptan la corriente de un arroyo que riega las pampas inclinadas de Olain, á la sombra de corpulentos algarrobos crecidos en las grietas de peñascos dis-

gregados, allí hay petroglifos análogos á los de Kipón; y los hay también en la quebrada de Humahuaca, en las vecindades de Negra Muerta, sobre esquistos pizarrosos que constantemente lava el Río Grande de Jujuy en su marcha precipitada á las selvas chaqueñas; y los hay también en los confines de la República, en la escondida quebrada de Yavi desde donde se domina la árida meseta boliviana que en bruscos declives y rápidas ascensiones lleva á la cuenca de Tarija y se confunde con la llanura en la caldeada Santa Cruz de la Sierra; y los hay también en «La Paya», sobre peñas que rodaron de las cumbres en épocas remotas y las hallaron fijas ya, sobre el Río Calchaquí, cuando los viejos pobladores llegaron á establecerse en aquella prehistórica ciudad, la más grande é importante de las que ocuparon las cabeceras del clásico valle.

En todos estos petroglifos predomina una idea única: trazar figuras de animales.

Si esta era la idea predominante claro está que los animales elegidos para ser representados tenían que ser los que más se relacionasen con sus necesidades ó su culto religioso.

Por eso es que casi todos los petroglifos representan llamas (*auchenia lama*), precisamente porque la llama era el animal que llenaba todas las necesidades de transporte y locomoción entre aquellos indios: además la llama proporcionaba su lana para vestir á aquellas poblaciones que indudablemente no llevarían una vida tan cómoda como pudiera imaginarse, pensando en el régimen patriarcal y comunista en que vivieron. La utilidad que reportaban estos animales hizo que el pueblo calchaquí tuviera para con ellos un culto especial como otros pueblos lo han tenido para con otros animales y como nosotros actualmente, por especial sentimiento de altruismo, lo tenemos para con todos los animales de la creación. En este sentido la actual institución que protege á las animales hasta lo incomparablemente ridículo é innecesario encontraría sus antecedentes en los ritos más primitivos de los pueblos bárbaros

haciendo verídica la sentencia de que los extremos se tocan, es decir, llegan por sus analogías á confundirse. En este caso, sin embargo, se notará siempre una diferencia fundamental entre la antigua protección calchaquí hacia las llamas y la nuestra hacia todos los animales, diferencia que se traduce de este modo: los calchaquíes tuvieron este culto por convicciones utilitarias de vida, nosotros por creencias igualitarias de humanidad.

Los petroglifos de Kipón han sido ejecutados golpeando con una piedra dura, como podía ser un granito ó un cuarzo, hasta desgastar la superficie golpeada de manera que las figuras resultan como excavadas, hundidas y de color más claro que el de la superficie expuesta á la intemperie.

Dos son las hipótesis que pueden sentarse sobre los fines á que estaban destinados los petroglifos. Primeramente podrían considerarse como exteriorización de un rito natural y en este caso la presencia de un petroglifo delataría la vecindad de un campo destinado á ceremonias especiales, como las que actualmente realizan los pastores de los valles y la *puna*.

Por la segunda hipótesis se admitiría que determinados petroglifos como los de Kipón, grabados sobre cantos rodados sirvieron de talismán, objeto de veneración familiar, para obtener mercedes, á semejanza de las prácticas que conocemos en otros pueblos antiguos donde determinados objetos particulares eran motivo de veneración singular.

Ambas hipótesis pueden admitirse según sean las condiciones del petroglifo estudiado. En el primer caso serían comunales, reflejando así un estado social característico; en el segundo serían familiares sin quebrantar por ello el régimen bajo el cual se desenvolvió la vida de aquellos pueblos. Bajo la primera hipótesis caerían todos aquellos petroglifos descubiertos en zonas que parecen haber sido destinadas á apacentar los ganados, ó en las vecindades de los ríos y vertientes elejidos por los habitantes como comunes aguadas; bajo la segunda estarían comprendidos todos aquellos encontrados aisladamente en las excavaciones de

los pueblos aborígenes, entre el ajuar de las sepultadas viviendas. Fuera de estos hallazgos, Kipón no proporcionó otros materiales que merezcan detención.

Las excavaciones de tumbas circulares, elipsoidales y amorfas, su prolijo registro y catalogamiento de los ajuares fúnebres contenidos en cada una de ellas, el desorden general que se nota en esta ruina prehistórica, la destrucción intencional de *pircas*, los verdaderos osarios ubicados en lugares apartados del núcleo relativamente poblado, la carencia absoluta de atributos guerreros que por lo general acompañan á los muertos cuando son enterrados siguiendo ritos que fácilmente se vislumbran, constituyen antecedentes que nos hacen sospechar para Kipón una época anormal que determinó su ruina total, siendo, tal vez, una de aquellas que, según OVIEDO (1), encontró ALMAGRO en su entrada por calchaquí, á la conquista del antiguo Tucumán.

DR. SALV. DEBENEDETTI.

(1) OVIEDO : Historia natural general de Indias, T. IV. L. XLVII. Pág. 263 y sig.

PLANO APROXIMADO LEVANTADO IN SITU

